

ALIANZA DE CIVILIZACIONES: LA DEMOCRACIA COMO AMENAZA

En el ámbito de las relaciones internacionales, el «buenismo», en su versión actual, viene marcado por los atentados del 11 de septiembre y por la revolución estratégica consiguiente, la «Guerra contra el Terror». No es éste el lugar para adentrarnos en el análisis de esa nueva estrategia, pero sí de subrayar sus ideas más sobresalientes para entender los fundamentos del «buenismo» internacionalista y de la Alianza de Civilizaciones.

UN NUEVO MARCO HISTÓRICO: LA GUERRA CONTRA EL TERROR

La nueva estrategia norteamericana se basa en una idea muy sencilla: la seguridad tanto de Estados Unidos como de las naciones occidentales depende de la libertad del resto. No estamos ante un caso de utopismo ni de exceso de ingenuidad. Bien al contrario, es el resultado de un análisis «realista» que concluye paradójicamente en la negación del «realismo». Ya no es posible salvarse en solitario. Ya no vale el axioma de que el mundo es caótico, no podemos cambiarlo y debemos ocuparnos de la defensa estricta de nuestros intereses, en cada momento y lugar. El mundo es caótico, pero si no lo ordenamos nuestra seguridad no estará garantizada. La amenaza no es el terrorismo. El terrorismo no es más que una forma de usar la fuerza, una táctica. Las tácticas no tienen ideología ni causas sociales. Son sólo una

Florentino Portero es secretario general del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES).

opción que se justifica por su efectividad. Se practica el terrorismo porque el agredido cede, se pliega al chantaje del agresor. Se ponen bombas porque no se tiene capacidad para hacer la guerra o los medios para hacer valer una victoria electoral. El terrorismo es un medio del que se vale un grupo político, una ideología radical para imponer sus posiciones.

El enemigo es el islamismo, la visión extrema y reaccionaria del Islam, que considera a Occidente una amenaza, pues con su influencia corrompe los valores del Islam y lo aboca a la decadencia. La «modernización», la «globalización» son agresiones intolerables. Para defenderse deben erradicar los Gobiernos corruptos, en su doble sentido, e imponer otros, fieles a la recta interpretación. Al mismo tiempo deben atacar a Occidente para conseguir objetivos distintos. En primer lugar, forzar a que se retiren del Islam, que no traten de influir. En segundo lugar, para demostrar su fuerza y valía a la comunidad musulmana y así ganar el respeto de los creyentes. En tercer y último lugar, para convertirnos a la fe verdadera.

El islamismo ha existido siempre, porque en todo momento cada religión padece una interpretación reaccionaria al cambio. En concreto, en el Islam podemos seguir la pista de los islamistas desde su momento fundacional. Su existencia, por lo tanto, no tiene nada de original. En los últimos años su crecimiento es evidente. Las causas hay que buscarlas en el fracaso de los programas de modernización establecidos, tanto del nacionalismo populista (naserismo, baasismo...) como de las monarquías tradicionales. Para el ciudadano medio, en el caso de que podamos utilizar este término con propiedad, unos y otros son corruptos e incompetentes, un obstáculo para acceder al bienestar presente en las pantallas de televisión. El islamismo no se nutre de la pobreza, sino de la frustración que produce el fracaso del Islam, y muy especialmente del Mundo Árabe, para adaptarse a los retos de nuestro tiempo. El islamismo se debilitará en la medida en que la comunidad musulmana vea luz al final del túnel, perciba que su país está en marcha, que sus hijos encontrarán trabajo y podrán sacar a su familia adelante, que la corrupción disminuye y la educación llega a todos.

De ahí que nuestra política deba fundamentarse en un conjunto de principios claros para todos y ejecutados firmemente durante un tiempo prolongado. Sin ánimo de ser exhaustivo, ello implica:

- 1 *Transformación del Gran Oriente Medio.* Se trata de concentrarse en la transformación de estas sociedades, erradicando el obstáculo que supone la corrupción, mejorando la educación, estableciendo un Estado de derecho, facilitando el desarrollo del comercio y, sobre todo, avanzando en las reformas democráticas.
- 2 *Carácter universal de la democracia liberal.* Sólo hay un régimen político considerado legítimo en todo el planeta. En cualquier país la gente aspira a gozar de libertad y justicia, y allí donde se dan las condiciones los ciudadanos reaccionan en su apoyo. No es un modelo político al que sólo se pueda llegar voluntariamente –Alemania– o reservado para una civilización determinada –India, Japón.

PRESUPUESTOS DE UNA NUEVA MENTALIDAD DE IZQUIERDAS

El fin de la Guerra Fría coincidió con un cierto agotamiento del programa socialista. El Estado de Bienestar era ya una realidad y resultaba en extremo difícil avanzar en la oferta de nuevos servicios. Bien al contrario, la crisis financiera era un hecho que obligaba a ajustar los ingresos y los gastos y a limitar derechos adquiridos. Sin la amenaza soviética ya no era imprescindible el vínculo trasatlántico, por lo que el acuerdo en la concepción de qué es la democracia comenzó a deteriorarse. Ahora se podía adentrar en terrenos que habían estado abandonados durante décadas, espacios ideológicos que las nuevas generaciones demandaban, como había quedado patente en la crisis del 68 o en la emergencia de movimientos pacifistas en torno a las decisiones de la Alianza Atlántica sobre despliegue de misiles o armamento nuclear.

De forma conscientemente esquemática, los elementos que integran esta nueva mentalidad pueden presentarse así:

La paz como derecho

Durante siglos el hombre entendió que la paz era un objetivo utópico y que apenas si podía aspirar a disfrutar de limitados periodos de

ausencia de guerra. La revolución liberal buscó desde muy temprano lograr un estadio permanente, mediante la transformación de las sociedades y el establecimiento de acuerdos y organismos internacionales. La larga paz armada que supuso la Guerra Fría hizo que muchas personas llegaran al convencimiento de que la paz es un derecho humano, un logro de nuestra avanzada civilización que ya no es renunciable. Habíamos conseguido la paz y, consiguientemente, podíamos prescindir del uso de la fuerza. Años de educación en la paz, de crítica sistemática a las políticas seguidas en el pasado, de revisión sesgada de lo que fueron las dos guerras mundiales y el colonialismo, habían conseguido que muchos europeos sinceramente pensarán que el uso de la fuerza, legal o ilegalmente, no solucionaba los problemas sino que los complicaba aún más. La violencia era tan ilegítima como inútil. La realidad era que la aplicación parcial de estas políticas llevó a la II Guerra Mundial y a que se estuviera próximo a la derrota. Sólo la firmeza y la disposición a usar la fuerza hubieran contenido a Hitler, como luego sí contuvieron a Stalin. El legado de Churchill informó las políticas seguidas en la posguerra por aquellos que habían padecido los errores del apaciguamiento. Con su desaparición se esfuman aquellas lecciones.

El populista ministro español José Bono, en un excelente ejercicio de concisión ideológica y de irresponsabilidad política, pronunció en Washington una frase para la Historia: «prefiero morir antes que matar». Es fácil imaginar cómo una aseveración de estas características afecta la moral de los ejércitos o supone un paso atrás en la labor de pedagogía social necesaria para que la sociedad entienda y apoye a sus fuerzas armadas. El ministro de Defensa demostró conocer la sociedad de la que forma parte, tanto como su disposición a explotar sus carencias con fines partidistas. Eso es el populismo, corriente de la que hoy es su mejor representante.

El diálogo como alternativa

La sociedad internacional, como la nacional, es un foco inagotable de conflictos. El uso de la fuerza siempre tuvo una dimensión doble. La mera amenaza ejercía un efecto disuasivo de enorme valor, y, además, potenciaba la capacidad diplomática. No se negocia igual con la espa-

da en alto que con una renuncia expresa a utilizar los ejércitos. Si la otra parte sabe que no corre riesgo de ser invadido o castigado severamente, ¿por qué va a ceder? Sólo cuando la diplomacia se había manifestado incapaz, los Gobiernos democráticos optaban por el camino de la guerra.

El diálogo cobra en estos tiempos un sentido ético. Nadie tiene la razón absoluta, todos tenemos parte. Dialogando se debe comprender al otro, entender la legitimidad de su posición y aspiraciones y hallar una posición de compromiso. Se niega, por lo tanto, lo obvio: que el otro puede mantener una posición tan ilegítima como ilegal, que en esas circunstancias no hay casi nada que comprender y que ceder sólo lleva a nuevas exigencias. El bien y el mal existen. No todo es relativo. Al Qaeda es un grupo terrorista con el que no cabe diálogo alguno, sólo su desaparición. Para llegar a compromisos imposibles no podemos estar dispuestos a dejar de ser nosotros mismos, a renunciar a los principios que han dado sentido a nuestras sociedades.

La «diplomacia del talante» comunica al otro la renuncia al uso de la fuerza, la relatividad moral, la aceptación de la legitimidad de las demandas que presente, la disposición a ceder ... Chamberlain nunca llegó a los extremos de Zapatero.

La democracia liberal, una forma anacrónica de gobierno

La izquierda española rechazó la vía parlamentaria y optó por la revolución. Primero lo hizo sobre el papel, pero después lo ensayó durante la II República y la Guerra Civil. Todos sabemos que durante el último Franquismo y la Transición, los fundamentos ideológicos de la izquierda española no eran democráticos, pero que la experiencia de la Guerra les llevó, de la mano de Felipe González, a una actitud de firme compromiso con la Constitución. El PSOE, durante años, distinguió el programa *a corto* del programa *a largo*, lo táctico de lo estratégico, lo sensato de lo deseable. La izquierda española siempre ha desechado los fundamentos de la democracia liberal, porque no son los suyos y porque ella está aquí para aportar el nuevo modelo llamado a caracterizar la nueva fase histórica europea.

No estamos sólo ante la idea de que hay que mejorar el clásico modelo parlamentario. Sobre todo, nos encontramos ante un rechazo a los principios que durante más de dos siglos han sustentado el Estado liberal. La defensa del ámbito individual es denigrada como egoísmo. La tradición cristiana, sobre la que se sustenta toda nuestra historia, trata de demolerse con un laicismo pergeñado de prisa y corriendo. Nuestros valores, definidos tras años de convivencia, son puestos en duda a partir de la defensa del multiculturalismo, que esconde la negación de nuestro derecho a ser una nación y la defensa del derecho del recién llegado a no integrarse en nuestro sistema de valores y nuestro ordenamiento jurídico. La propia institución del Estado es puesta en duda por la acción conjunta de nacionalismos desintegradores y de una concepción fundamentalista de la construcción europea.

Durante años la izquierda tuvo un programa alternativo. Hoy todos sabemos que lo ha perdido. De ahí que su actividad se concentre en demoler más que en construir, en criticar más que en aportar. No sabe muy bien hacia dónde va, pero tiene muy claro todo lo que rechaza.

La democracia como amenaza

El hundimiento del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética fueron la fase final del fin de una utopía: el socialismo. Los países que conseguían salir de aquella dictadura se lanzaban ilusionados a explorar la posibilidad de vivir en democracia. En aquellas circunstancias resultaba profundamente inmoral levantar la bandera de la ortodoxia y hasta los comunistas abandonaban su nombre para ampararse en una ambigua Izquierda Unida.

La ideología llamada a protagonizar los nuevos tiempos se hundía en el desprestigio, mientras que la condenada a desaparecer emergía llena de vitalidad y, sobre todo, de legitimidad. En todo el planeta era y es evidente la tendencia a vivir en democracia.

Al mismo tiempo se hacía evidente un proceso que venía de atrás, pero que ahora tomaba nuevas dimensiones: la globalización. Primero lo fue de las comunicaciones, luego del comercio y, cada vez más, de las culturas. La democracia liberal se expandía por todo el planeta, consolidando los principios y valores que desde hacía un siglo trata-

ban de arrumbar. No sólo caía el Muro de Berlín. Peor aún, el «capitalismo» se expandía por todo el orbe. De ahí que la izquierda hiciera del movimiento antiglobalización el eje de su discurso. Estaba en la batalla ideológica de siempre, pero ahora a escala planetaria.

De triunfar la globalización liberal, el trabajo político de un siglo se habría arruinado. La situación era suficientemente grave como para justificar alianzas con grupos violentos, como los islamistas o los populistas latinoamericanos. Una nueva concertación «progresista» se consolidaba, uniendo a todos aquellos que podían sentirse perdedores ante el triunfo de la democracia.

ESTADOS UNIDOS, LA QUINTAESENCIA DEL MAL

Tanto la crisis de la Unión Soviética como el fenómeno de la globalización coinciden y están intrínsecamente vinculados con la presencia hegemónica de Estados Unidos. La única potencia global, el Imperio de nuestros días, no sólo derrotó a la Unión Soviética sino que difunde sus valores, que son los nuestros, por todas partes apoyándose en la revolución de las comunicaciones.

Estados Unidos es odiado porque representa, como nadie más puede hacerlo, la filosofía liberal, ese conjunto de principios y valores que la izquierda lleva más de un siglo tratando de destruir, sin demasiada fortuna. El legado de Churchill –la idea de que nuestra seguridad depende de nuestra firmeza y convicciones y de que ante un dictador una cesión es una invitación a otra exigencia– reside en aquel país más que en ningún otro.

En muchas ocasiones nos encontramos con que críticas a un aspecto concreto de su política en realidad esconden una descalificación general del conjunto. Se trata de evitar la crítica general para no caer en un burdo antinorteamericanismo, a sabiendas de que el modelo sigue siendo muy atractivo para muchos electores, y de que el argumento podría volverse en contra. Hoy el problema no es Estados Unidos, sino Bush y los *neoon*. Frente a ellos emerge la figura de Clinton, con quien el entendimiento sí era posible. El problema es que el entendimiento no fue tal. El demócrata fue el profeta de la globalización liberal, contra quien comenzaron a organizarse manifestaciones

violentas a propósito de reuniones de la Organización Mundial del Comercio o del G-7. En materia de seguridad las diferencias fueron enormes en la redacción del último «Concepto Estratégico» de la OTAN, poniendo en evidencia sus dificultades para adaptarse a un nuevo entorno. La famosa «crisis de la becaria» ocultó un nuevo desencuentro en la gestión de la crisis de Iraq. Clinton estaba ya dispuesto a intervenir, frente a la actitud claudicante de los aliados europeos. No es un problema de tal o cual dirigente, esta o aquella política. Habrá tensión y lloverán las críticas mientras Estados Unidos sea el máximo exponente de la democracia liberal.

Los sondeos sobre percepción de la amenaza reflejan un dato sorprendente: muchos europeos consideran que Estados Unidos es una amenaza para su seguridad. Ante los grandes retos –como el terrorismo islamista, la proliferación de armas de destrucción masiva o los «Estados gamberros»– muchos consideran que es peor la respuesta a la amenaza en sí. Se está dispuesto a convivir con estos problemas sin hacer casi nada, pero se temen los efectos de una acción norteamericana. Se «comprende» al agresor y se busca el entendimiento mediante el diálogo, pero se rechaza de plano una acción firme hecha desde el convencimiento de que la posición propia es legítima, porque no se considera que lo sea.

Otras vías

Si la democracia liberal no puede ser el futuro y el socialismo se ha desintegrado en el camino, sólo cabe tratar de contener a la primera mientras se exploran nuevas vías. El difunto socialismo era un hijo de la Ilustración y del positivismo. Fruto de la razón y de la fe en la ciencia, un producto inequívocamente europeo con vocación de universalidad. Europa era superior, estaba a la cabeza del conocimiento y de la civilización, luego el resto de los pueblos irían asumiendo los nuevos postulados de forma paulatina. Pero con el Muro de Berlín se derrumbó la fe izquierdista en Europa y en la razón. El Viejo Continente vuelve a ser un exponente de la hegemonía liberal, una hegemonía atrapada en el proteccionismo y el estatismo, una Europa aislacionista y acobardada, pero donde ninguna otra ideología que merezca tal nombre compete.

La izquierda trata de desvirtuar el programa liberal a base de minar sus principios y valores, mientras busca la alianza con movimientos antiliberales fuera del Viejo Continente. El hecho de presentarse como una alternativa a la globalización liberal les concede legitimidad. Si los valores europeos están caducos, si claramente no son superiores a otros, si no existe el bien y el mal, si todo es relativo, si los valores están supeditados a las civilizaciones y, por lo tanto, carecen de universalidad... cada sociedad debe seguir su propio camino. Nosotros no somos quienes para juzgar a una dictadura, sobre todo si denuncia la globalización liberal, porque ésa puede ser su vía hacia el progreso. La democracia liberal no es un régimen superior, sino sólo una experiencia histórica, casi superada, de la civilización occidental.

Si todo es relativo y es legítima la vía antiliberal, la nueva estrategia diseñada para combatir en la Guerra contra el Terror es moralmente inaceptable, porque parte de una injerencia a favor de la democracia. Cada país debe seguir su camino y la democracia será distinta en cada lugar, en el caso de que podamos llamar democracia a esos regímenes.

Más aún, la Guerra contra el Terror parte de una actitud presuntuosa: no querer ver que somos nosotros los que les provocamos, les abocamos a esta actitud violenta con nuestra política imperialista, forzándoles a aceptar una civilización basada en el consumo y en la explotación del hombre, violentando sus estructuras tradicionales... El terrorismo islamista acabará cuando Occidente deje de agredir a otras civilizaciones y cuando un nuevo orden económico sensible a sus preocupaciones se imponga. Una vez más el agredido es el agresor.

LA «DIPLOMACIA DEL TALANTE»

El «buenismo» aplicado a la política exterior no es algo nuevo, aunque ha adoptado una forma más precisa desde los atentados de 11/9 y 11/3. Recientemente Alberto Míguez, periodista especializado en asuntos internacionales, utilizó la expresión «diplomacia del talante» para describir la política exterior del Presidente Rodríguez Zapatero. Es un término que se enraíza en la tradición española y europea y que, creo, resulta útil para hacer referencia a un determinado aspecto del «buenismo».

La nueva diplomacia, y en general la nueva política socialista, es moderna. No me refiero a que se está desarrollando ahora, sino a que se hace desde un análisis profesional e inteligente de cómo se debe actuar sobre la sociedad de nuestros días y de cuáles son los valores que el ciudadano quiere defender. Estamos ante un doble ejercicio de sociología y comunicación, dos áreas en las que los socialistas españoles han sido tradicionalmente fuertes, mientras que los liberal-conservadores han mostrado una manifiesta ineptitud. La comunicación no es una herramienta, sino que es parte sustancial de la política.

El peso de la estrategia de comunicación hace que a menudo caigamos en dos errores de evaluación:

- Los nuevos socialistas no se han convertido en seguidores de Francisco de Asís, no son jóvenes utópicos a los que les falta un hervor para comprender la complejidad de la política internacional de nuestros días. La sonrisa hierática o el «buen rollito» son elementos de un mensaje, del «buenismo», que ocultan un análisis muy realista de la situación actual.
- Los dirigentes españoles no son incoherentes en su política exterior, aunque es evidente que son incompetentes en su ejecución. Tanto José Luís Rodríguez Zapatero como Miguel Ángel Moratinos o la plana mayor del Ministerio de Asuntos Exteriores han cometido errores innecesarios y han puesto de manifiesto su bajo nivel de competencia profesional. Pero sería por nuestra parte un error confundir la política con su desarrollo. La primera responde a una visión global de la situación, y los actos realizados o previstos son coherentes. Es una diplomacia que responde a una corriente de la nueva izquierda europea, aunque representa uno de sus sectores más radicales.

Los elementos más sobresalientes de esta «diplomacia del talante», expresados de nuevo de forma esquemática, son los siguientes:

1. La diplomacia no está al servicio del Estado, sino de la gestión de su disolución en una Unión Europea redefinida y dotada de mayores competencias. El concepto de Estado-nación es conservador, está superado por el tiempo y no es capaz de conte-

ner las presiones nacionalistas. El futuro pasa por dejar atrás esta etapa y disolver España en una entidad más acorde con los tiempos y dotada de mayor legitimidad.

2. El objetivo de la paz está por encima de la defensa de la soberanía y de la dignidad nacional. Frente a una agresión o una humillación, es lícito eludir una respuesta equilibrada y buscar mediante la diplomacia una cesión de posiciones que lleve a la preservación de la paz o su apariencia.
3. Si no se está dispuesto a enfrentarse con aquel país o grupo que amenaza los intereses nacionales, no hay más opción que ejecutar las clásicas políticas de apaciguamiento, que tan devastadores resultados han dado a lo largo de la Historia.
4. Se reconoce el derecho de otros países a mantener regímenes dictatoriales, en particular si proceden de un acto revolucionario. La democracia liberal no es superior, cada país debe seguir su propio camino a partir de su historia y cultura, y el progreso puede llegar con formas políticas no representativas. Muchos de esos regímenes abren nuevas vías para una política de progreso y con ellos hay que entenderse y tratar de colaborar.
5. La injerencia en asuntos internos de un Estado soberano es inaceptable salvo que se produzca una crisis humanitaria y lo autorice expresamente el Consejo de Seguridad. No se puede presionar a un Estado para que avance hacia el respeto de los derechos humanos, hacia una mayor democratización o una mejor educación, cada país debe seguir su propio camino, aunque todo el control esté en manos de una oligarquía.
6. Se rechaza el intento de expansión de la democracia liberal por el mundo, por no ser universales los principios y valores sobre los que se asienta y por no ser una forma mejor o superior de gobierno. Por otra parte, representaría un caso de neocolonialismo, que crearía más problemas de los que solucionaría. Con los regímenes no democráticos hay que entenderse, no tratar de cambiarlos.
7. La globalización liberal y el «fundamentalismo democrático», respaldados por Estados Unidos y parte de la opinión europea, son la amenaza más grave a nuestra seguridad, porque provo-

can reacciones violentas en todo el mundo, como el terrorismo, y agravan los problemas ya existentes.

8. Tanto Naciones Unidas como el conjunto de los organismos multilaterales no tienen como objetivo resolver los problemas de seguridad que se planteen, como los programas nucleares norcoreano o iraní, sino garantizar la existencia de regímenes dictatoriales y corruptos –auténtico foco de los problemas de nuestro tiempo– y contener el hegemonismo norteamericano y su estrategia de «fundamentalismo democrático».

LA ALIANZA DE CIVILIZACIONES

Dentro de la estrategia de *marketing* de la nueva diplomacia española, el Presidente Rodríguez Zapatero decidió utilizar el título del célebre libro de Huntington para potenciar la presencia de España en el debate internacional sobre la Guerra contra el Terror. Fue ante la Asamblea General de Naciones Unidas donde presentó su iniciativa sobre la Alianza de Civilizaciones. Antes de entrar a valorarla conviene tener en cuenta dos elementos:

- El hecho de que todo gire en torno a las tesis del profesor Huntington no implica que el Presidente del Gobierno o sus asesores hayan leído el tan citado libro. Se hace referencia a él por ser el origen de un debate, cuya variante nacional en las páginas de opinión del diario *El País* o en las tertulias de la *Cadena SER* conocen los autores de la propuesta. No se argumenta a partir de un análisis de la realidad, ni siquiera de la particular aproximación de un conocido profesor de la Universidad de Harvard. Todo gira en torno a un conjunto de ideas dirigidas a negar una discutible interpretación del libro en cuestión.
- La Alianza no implica una estrategia sofisticada. Es sólo un gesto para llamar la atención y situar a España en el punto de mira de los países que están a favor del entendimiento a través del diálogo.

La intervención del Presidente Rodríguez Zapatero en la Asamblea General sorprendió a más de uno, aunque despertó un mínimo interés. No se acababa de entender por qué un dirigente europeo cu-

yo país había sufrido recientemente un gravísimo ataque terrorista respondía echando mano de una iniciativa iraní, sin citarla expresamente. Es muy probable que la diplomacia española, y el Presidente en concreto, no fueran conscientes en aquel momento de que esa propuesta ya existía, que la había presentado el Presidente Jatamí y que, tras moverla un poco, había quedado arrinconada. Para aquellos delegados de otras naciones, que no tienen la fortuna de seguir las páginas de opinión de *El País* o las interesantes tertulias de la *Cadena SER*, el problema que tenían delante no era de choque de civilizaciones. En todo caso lo era de choque en el seno de una civilización: el Islam. Los islamistas persiguen a los musulmanes, como podemos ver todos los días en Iraq.

Ni entonces ni tiempo después, ante la cumbre de la Liga Árabe reunida en Túnez, el Presidente español fue capaz de desarrollar un poco el sentido de su iniciativa. Todo se reducía a dos ideas: estamos por el diálogo y pensamos lo contrario que Huntington.

La iniciativa ha sido un fracaso. No han sabido explicar qué es, en el caso de que sea algo. Casi nadie cree que sea una buena idea orientar el debate en torno a las civilizaciones, concepto cultural y poco práctico en las relaciones internacionales. Sumarse a una propuesta iraní, cuando la situación del régimen de los ayatolás pasa por un mal momento, tanto en el plano interno como en el internacional, no parece una opción sensata. Más aún cuando se da una perfecta confusión entre el citado Jatamí y la figura emergente de Rodríguez Zapatero.

La diplomacia española trabajó duro para que la propuesta calara. Tras lograr que Turquía aceptara el copatrocinio, el 14 de julio Kofi Annan anunció que Naciones Unidas recogía la iniciativa. Más preciso que nuestro Presidente, el Secretario General se sintió obligado a explicar de qué se trataba a los medios de comunicación:

«Tender puentes que permitan superar los prejuicios, las percepciones erróneas y la polarización que podría amenazar a la paz mundial (...) evitar los problemas surgidos de concepciones hostiles que fomenten la violencia (...) impulsar la cooperación para salvar estas divisiones (...) Los eventos de los últimos años han dejado clara la falta de entendimiento mutuo entre el mundo islámico y el occidental, y

este clima ha sido explotado y exacerbado por los extremistas de todas las sociedades»¹

Las palabras de Annan aportaban algo a las escasas de Zapatero, pero no conseguía sacarnos de las generalidades de toda la vida, del espíritu fundacional de Naciones Unidas recogido en la Carta de San Francisco. Sin embargo, al día siguiente el Presidente español hizo una importante declaración en la propia Organización

«Rodríguez Zapatero consideró que la iniciativa no tiende a luchar contra el terrorismo, sino a que los pueblos convivan en paz, impregnando a las sociedades de entendimiento y colaboración»²

La lógica de la declaración es relevante. El problema principal no es el terrorismo sino la paz, que es el resultado del diálogo. La confusión es extraordinaria, entre agresor y agredido y entre las partes en conflicto. Los occidentales y los musulmanes no tenemos necesidad de más diálogo, porque llevamos décadas haciéndolo sin mayor dificultad. No hay un problema esencial entre unos y otros que debamos tratar de resolver en el marco de un diálogo entre civilizaciones. El problema está en los islamistas, que quieren privarnos de libertad a musulmanes y occidentales indistintamente. Ambos somos víctimas, y dialogando no vamos a derrotar a nuestro agresor ni a generar más paz.

Los días 25 y 26 de agosto se celebró la sexta reunión de alto nivel entre las Naciones Unidas y las organizaciones regionales y otras organizaciones intergubernamentales. En ese marco se consideró la propuesta española, que fue reelaborada y aprobada en forma de apéndice. En primer lugar se situó como mero desarrollo de la iniciativa ya existente iraní, de «diálogo»:

«... encomian el diálogo entre civilizaciones que las Naciones Unidas pusieron en marcha en 1998 (...) es necesario superar las divisiones engendradas por los prejuicios, la intolerancia, las ideas equivocadas, la animosidad y la falta de conocimiento. En consecuencia, el diálogo si-

¹ Comunicado de prensa de la Secretaría General de Naciones Unidas. 14 de julio de 2005.

² Comunicado de prensa de la Secretaría General de Naciones Unidas. 15 de julio de 2005.

que precisando apoyo institucional (...) En aras de este objetivo, convenimos en que es necesario forjar una alianza de civilizaciones integrada por todas las partes interesadas»

En segundo lugar se volvió a la clásica retórica de Naciones Unidas que apenas si podía ocultar la falta de sustancia diplomática:

«... el proyecto de la alianza de civilizaciones exige la promoción de una civilización mundial provista de toda su diversidad que abarque a todos y cada uno de los ciudadanos del planeta»

No parece que los asistentes se sintieran muy motivados por la iniciativa española, pero tampoco molestaba. Al fin y al cabo era un proyecto dirigido a formar un grupo de trabajo que los promotores, es decir españoles y turcos, tendrían que financiar. Pero la insustancialidad y el fracaso de la propuesta no restan interés al análisis. Puede haber sido sólo un gesto mal medido, otro error de ejecución, pero es muy representativo de la visión de la política exterior de nuestro Gobierno. La Alianza implica:

1. Rechazo al uso de la fuerza en las relaciones internacionales.
2. Reconocimiento de la legitimidad de los Gobiernos árabes, sea cual fuere su política, en la idea de que cada civilización tiene su propio modelo de desarrollo, aunque esto implique violación de los derechos humanos.
3. Disposición a un entendimiento con cualquier otro Estado, en coherencia con las clásicas políticas de apaciguamiento. Los casos de proliferación de armas de destrucción masiva no deben ser objeto de sanciones, ni de procedimientos diplomáticos que lleven a un incremento de la tensión y, en su caso, al uso de la fuerza. Se trata de convencer a esos Gobiernos de que España y Europa no son sus enemigos y no deben ser objetivo de sus acciones. Es una adaptación al marco internacional de la «doctrina Carod».
4. España se alinea con aquellos otros países dispuestos a bloquear las acciones de Estados Unidos y sus «alianzas de voluntad», en un ejercicio de contrapoder. Hay, por lo tanto, clara disposición a enterrar el viejo vínculo trasatlántico y a olvidar la idea de que

las democracias deben unirse contra la amenaza que suponen sus enemigos. Bien al contrario, España tratará de empujar a Europa en pos de un sistema de alianzas con Estados no democráticos o antidemocráticos frente a la amenaza principal representada por Estados Unidos y la globalización.

La Alianza de Civilizaciones es un gesto oportunista que refleja con claridad el núcleo del programa diplomático del Gobierno de Rodríguez Zapatero y de buena parte de la izquierda española. Es otro ejemplo de «buenismo», de esa «diplomacia del talante» que da sus primeros pasos con poca fortuna, pero produciendo gravísimos daños a los intereses nacionales y a la imagen internacional de España.